

teológicas (trinitaria: paterno-materna, cristología, pneumatológica; eclesiológica; escatológica; antropológico-teológica; teológico-feminista). Después estudia su conexión con los otros tratados teológicos y el método de la enseñanza mariológica. Concluye sugiriendo una «propuesta plural»: «la mariología debe ocupar en la teología académica o «sedente» (Urs von Balthasar) lo que le corresponde en la teología orante o liturgia de la iglesia» (p. 396).

*Problemas de hermenéutica y de lenguaje con referencia particular a la mariología* es el título de la ponencia del Prof. Amato. Tras un análisis de la situación actual, el A. estudia la relación entre exégesis y las tradiciones mariológicas, mostrando algunos ejemplos y dedicando una atención especial al tema de la *virginitas ante partum*. Prosigue tratando la cuestión de la hermenéutica del dogma mariano y del lenguaje simbólico muy utilizado en mariología, aunque todavía no se ha alcanzado un consenso suficiente entre los teólogos sobre su valor y uso.

La última ponencia fue a cargo del Prof. de la Universidad Gregoriana, Carlos Ignacio González, *La enseñanza de la mariología en América Latina. Exigencias provenientes del particular ámbito cultural*. En esta conferencia el A. asume las ideas expuestas anteriormente y no se detiene tanto en las cuestiones técnicas del momento didáctico de la mariología, cuanto en los contenidos que un tratado hecho en América y para América sobre María debe tener para que sirva al fiel creyente latinoamericano.

Finaliza este volumen con la presentación de tres comunicaciones que se leyeron en el Simposio. Las de los Prof. Isaac Vázquez —*Datos para una hermenéutica de algunas expresiones mariológicas en el siglo XV*—, Andrés Molina, —*Sugerencias para una didáctica teológica de la ma-*

*riología*— y Javier Ibáñez y Fernando Mendoza, —*Reflexiones sobre el tema del VIII Simposium mariológico internacional*—.

En resumen el presente libro es interesante para los estudios de la mariología.

J. L. Bastero

**Santos SABUGAL**, *Anástasis. Resucitó y resucitaremos*, BAC, Madrid 1993, 712 pp.

La resurrección del Señor forma parte esencial del kerygma primitivo y se encuentra indisolublemente entrelazada con la resurrección de los muertos, como se afirma con vigor en 1 Cor 15. Santos Sabugal aborda de lleno toda la cuestión en una forma clara, rigurosa y, podría decirse, que enciclopédica. En su estudio la resurrección de Cristo alumbraba cuanto se dice sobre la resurrección de los muertos y, a su vez, la misma resurrección del Señor es situada en el contexto de toda la revelación anastasiológica.

El A. hace notar citando el Símbolo que, «si la resurrección de Jesús es el centro focal de la confesión cristológica, con la fe en 'la resurrección de los muertos' y 'en la vida eterna' culmina la fe pneumatológica». (p. 3). Se trata de lo normal, comenta, pues la anastasiología es un tema central de la fe y la teología cristiana: «¿No culminan sus escritos más importantes —los Evangelios— con los relatos sobre la resurrección de Jesús. Quien, por lo demás, reiteradamente preanunció su resurrección y se autodefinió como 'la resurrección y la vida'?» (Ibid.).

A pesar de la multitud ingente de trabajos sobre la resurrección, Sabugal entiende que aún no se ha publicado una exegética abordando el estudio conjunto

de los diversos aspectos anastasiológicos, y califica este libro como «un estudio exegético-teológico sobre la anastasiología bíblica o la resurrección de Jesús y de los muertos» (p. 4). El lector se encuentra, pues, ante una voluminosa monografía en la que, paso a paso, se analizan los textos de la Escritura, siguiendo el orden en que ha ido desarrollándose la revelación en torno a la resurrección. Este orden histórico es, a la vez, el mejor orden para sistematizar y jerarquizar ambas verdades: la resurrección de Jesús y nuestra resurrección.

El libro está dividido en dos partes. La primera —titulada *preanuncio* de la resurrección de los muertos— tras referirse al trasfondo religioso y teológico de la creencia de los israelitas en la resurrección, desarrolla un largo recorrido por el testimonio textual del Antiguo Testamento en torno a la restauración anastásica de Israel (Os 6, 1-2; 13, 14, y Ez 37, 1-14), la liberación de la muerte y, más en concreto, la resurrección del Siervo mesiánico (Is 53, 10-11) y la resurrección de un justo (Sal 16, 10 y Jb 19, 25-27), y, finalmente, cuanto se dice en torno a la resurrección escatológica. Este estudio culmina en unas páginas muy interesantes dedicadas a la fe del judaísmo antiguo en la resurrección.

Tras este análisis, el A. puede concluir que, si bien una vasta zona del judaísmo antiguo negó la resurrección corporal, ésta fue «confesada por la mayor parte del judaísmo apócrifo y por todo el judaísmo rabínico, como *criterio de ortodoxa fe* judaica e irrenunciable *dogma* central de la misma. Su testimonio, enraizado en la fe acerca del señorío de Dios sobre la muerte así como en su justa retribución eterna, se expresó principalmente con los vocablos *levantar* o resucitar, *vivificar* y *despertar* del sueño mortal. Con ello confesó el judaísmo la escatológica re-

vivificación del *hombre íntegro* y, por tanto, la *corporeidad* de la resurrección» (p. 66). Por tanto, insiste Sabugal, la fe en la resurrección de los cuerpos forma parte del patrimonio común a cristianos y judíos.

Inserto en este patrimonio y llevándolo a su plenitud tanto en la revelación como en los hechos se encuentra lo predicado y acontecido en Jesús de Nazaret. Este es el tema de la segunda parte de este libro, que ocupa casi setecientas páginas. Se abre con un análisis de los términos anastasiológicos más usuales: *anístemi*, *egeiro*, *záo* y derivados y prosigue con unas páginas verdaderamente sugestivas en torno a los signos anastásicos realizados por Jesús —sobre todo, las resurrecciones de muertos— y las profecías de Jesús en torno a su resurrección y a la resurrección de los muertos, que concluye con el estudio de la prolepsis anastásica de la Transfiguración del Señor.

El acontecimiento de la resurrección del Señor es quizás la parte tratada con mayor esmero. El A. encabeza esas páginas que van de la 209 hasta la 654 con este título intencionado: «la resurrección *corporal* de Jesús». Realiza aquí un análisis puntilloso de cada uno de los textos siguiendo su orden histórico de composición y agrupándolos bajo estos expresivos títulos: «Los predicadores del Resucitado (kérygma de *Hechos*), los confesores del resucitado (confesiones de fe e himnos de la Comunidad primitiva), los evangelistas del resucitado (los relatos de los cuatro evangelios) y, finalmente, los catequistas del Resucitado, dedicado a la anastasiología paulina.

Este último subapartado se enlaza con toda naturalidad con la resurrección de los muertos (pp. 654-670). Se tratan aquí, siguiendo principalmente Rom, 1 Tes y 1 Cor, las cuestiones fundamentales de la fe cristiana en torno a la resurrección de los muertos, desde su

enraizamiento en la pascua bautismal y la comunión en la muerte de Cristo hasta nuestra transformación escatológica.

Antes hemos calificado este libro de enciclopédico, pues pensábamos que era un buen calificativo para designar dos características muy destacadas de él: que trata todas las cuestiones referentes a la resurrección y que realiza su tratamiento en forma casi exhaustiva no sólo en el estudio, sino también en la bibliografía consultada y aducida. El estudioso tiene, pues, entre sus manos un trabajo de años, paciente y riguroso, y un valioso auxiliar para sus investigaciones. Tiene también una valiosa información bibliográfica. En comparación con tamaño esfuerzo exegetico y bibliográfico resulta pobre la atención prestada a los Padres, si se exceptúa a San Agustín. Así, p. e., se dedica una sola cita a Ambrosio, Atenágoras, Basilio, Gregorio Magno, Gregorio de Nacianzo (la cita atribuida en el índice a Gregorio de Nisa no es de él, sino del de Nacianzo), y tres a Ireneo, Orígenes y Tertuliano. No estamos pensando directamente en las páginas dedicadas por ellos a la apologética de la resurrección, sino a la forma en que han entendido los mismos textos de la Escritura que se están comentando. Quizás este libro anime a este estudio complementario.

L. F. Mateo-Seco

**Wolfhardt PANNENBERG**, *An Introduction to Systematic Theology*, Eerdmans, Michigan 1991, V + 69 pp., 14 x 21, 5.

Esta breve obra sirve como introducción al pensamiento de uno de los teólogos protestantes más conocidos en nuestro tiempo, y resume las líneas fundamentales de su obra más extensa, *Systematische Theologie* (Gotinga 1988). El

mismo hecho de que el autor se plantee una sistematización de la teología manifiesta una de sus convicciones básicas: que el intelecto humano puede vislumbrar una coherencia en la fe cristiana. A esta convicción se une la postura —no exenta de cierta contradicción— de que una sistematización precede gnoseológicamente, no sigue, a la certeza en la verdad (pp. 16-17). No hay posibilidad, sostiene Pannenberg, de tener una garantía absoluta de que lo revelado es verdadero —esto sólo es posible en la parusía—: el esfuerzo arquitectónico del intelecto es justamente un camino para convencer al creyente de la verdad de los puntos de la Revelación, al demostrar su armonía interna. La sistemática que ofrece Pannenberg, por tanto, aparece a veces como una especie de gran pórtico hacia, no desde, la fe, y sus resultados, faltándoles una base de certezas, revisten un cierto carácter de provisionalidad.

El autor pasa revista a los puntos que considera los más importantes de la fe cristiana, en forma de apuntes breves y parciales pero perspicaces: la existencia y noción de Dios; la doctrina de la creación; y la cristología. Emplea un notable bagaje de conocimientos, tanto teológicos como de las ciencias profanas, y no rehúsa servirse de aportaciones de la tradición clásica: S. Anselmo, Gregorio de Nisa, Sto. Tomás de Aquino.

Entre las ideas de la obra cabe destacar las ss.:

(1) Una intrínseca relación entre Dios-Creación-Redención-Cristología-Escatología, siendo la creación la primordial manifestación del Amor de Dios, donde ya se manifiestan el Hijo y el Espíritu.

(2) Aboga por la importancia de una fundamentación metafísica del misterio trinitario de Dios, aunque la propuesta que ofrece contiene una mezcla de colores peculiares: el Logos o Hijo es visto